

# Mi vida entre espinas

José María Santos

En estas cuartillas quiero relatar mis vivencias desde que nací en España, hasta que llegué a Cuba en el año 1949 y mi vida aquí. No quiero hacerlo en toda la extensión de mi vida pues creo que sería un poco largo y, muchas cosas, la importancia que puedan tener, no son para exponerlas aquí. Nací en la villa de Guardo, Palencia, en octubre de 1934; de madre española y padre cubano; por esos avatares de la vida, la Guerra Civil y la política, viví en España por catorce años, pero viviendo de un lugar para otro. Ya había comenzado la Guerra Civil; en el año 1938 había comenzado la presión falangista sobre la familia de mamá, o sea de mi abuelo materno, de su mamá y de su hermana mayor (Máxima) y papá consiguió un salvoconducto de un coronel de Franco que era amigo de la familia de papá (hermanos de papá que eran falangistas), y nos fuimos para La Maya, en Salamanca, donde papá consiguió trabajo en el pantano de Alba de Tormes.

En el viaje por el tren en la estación de Astorga, papá se bajó para conseguir agua y algo de comer pues con nosotros iba también mi hermanito Luis; el caso fue que casi bajando, él fue a buscarlo y me perdí dentro de aquel gentío que había en la estación; mi mamá cuando se dio cuenta que yo no estaba, bajó a buscarme, se formó el alboroto hasta que aparecí, pues a todo eso no había arrancado el tren; por eso, claro que eso me costó unas buenas nalgadas. Ya instalados en una de las viviendas que la empresa acondicionó para los trabajadores del pantano, mamá pudo traer a su hermana y después al abuelo; a éstos les consiguió una vivienda en el pueblo La Maya. En esta etapa que para mí fue hasta mediados de 1939, hay dos cosas para recordar, pero que no se olvidan: una fue en la casa dándome balancín de voltereta y caí en el brasero quemándome los glúteos y las manos, pues se me pegaron las brasas; ¿quién lo olvida?; a pesar de los años transcurridos lo veo en mi mano izquierda. La otra fue un día en La Maya jugando con mi primo en la plazoleta: delante de la iglesia estaba una compañía del ejército de moros; estaban comiendo sentados en el suelo y nosotros jugando entre ellos; cuando fuimos para la casa nos

empezamos a rascar la cabeza y era que estábamos llenos de piojos, eso nos costó pelarnos al rape y baño con agua caliente y a vivir para mi casa hasta que los moros se fueran.

Así, en 1939 me mandan para Guardo con mis tías por parte de mi papá y empecé en la escuela de monjas. Muy bonita y desde allí se ve casi todo el pueblo; viví casi un año, un pedazo de mi vida que creo fui feliz, por la forma en que me tenían (primer nieto y sobrino); además que en esa casa no había carencias a pesar de la época que se vivía. Así, papá un día me fue a buscar; había conseguido trabajo en la Naval de Reinosa y ya tenía vivienda; claro que en las vacaciones volvía a Guardo y lo pasaba feliz, sobre todo con mi padrino y sus amigos y también con mi abuela Felisa Vega; pero hubo dos ocasiones que quedaron marcadas en mi vida y no fue porque fueran felices; cosas que no se olvidan. Un día subiendo por la calle mayor con mi amigo Manuel, nos cruzamos con tres chicos y a los pocos segundos lo llaman, y cuando gira la cabeza le dan con una pelota de nieve en un ojo. Manuel dio un alarido y se caía, pero lo agarré y uno de ellos me ayudó y lo llevamos al médico. Resultado: le reventaron el ojo; el médico le dio los primeros auxilios y lo llevaron al hospital de Palencia. Yo a los pocos días volví a Reinosa; después me enteré que lo preparaban para ponerle un ojo de cristal; pensando en él, eso me dije: “el tuerto pude haber sido yo”. El otro caso, fue un día que fui con dos amigos a recoger moras al lado de la línea del tren, frente a los chalets; al poco rato apareció una avioneta y dio vueltas por arriba del chalet del Dr. Julio y de nosotros; en una de las vueltas fue por arriba de nosotros, cruzó la línea del tren para aterrizar en un prado y a los pocos segundos sentimos un estruendo y fuimos a ver. La avioneta era un amasijo de hierro; entonces otro y yo nos acercamos con trabajo, pues el prado anegado en agua; ya al lado de ella, veo que por la ventana de la puerta colgaba un pedazo de brazo con la mano; sentí náuseas y empecé a vomitar las moras y volví a la línea donde me quedé sentado y medio mareado hasta que llegaron unos hombres, preguntaron y les dijimos lo que pasó; fueron a la avioneta y uno volvió y nos dijo que fuéramos para casa y nos fuimos. En casa me castigaron por haber ido tan lejos y por lo sucio que estaba, pero les conté lo sucedido y al otro día nos enteramos que en el accidente había muerto el piloto y el hijo de don Julio. ¡Qué cosas tiene la vida!. Creo que éstas son de las que no se olvidan. Allí en Reinosa viví del 39 al 47 y sigue el martirio de cambiar de casa; casi de un año en año, por la razón que explico después.

Así, cuando llegamos me incorporan a la escuela, la cual lleva el nombre de “Sta. Ana”. Allí en Reinosa pasé esta etapa de mi vida, los amigos, los juegos; lo mismo en invierno que en verano: los juegos de fútbol o tirarse en los trineos por los páramos, hacer muñecos o castillos de nieve y cuántas cosas

más, ¡qué lindas! Felices recuerdos, pero también en ese Reinosa, ¡qué frío y qué hambre pasé!

Termina la Guerra Civil y viene la II Guerra Mundial. Recuerdo que cuando ya había sacado la cosecha de patatas, nos reuníamos 4 o 5 muchachos y con una bolsita y una azadita o cuchillo recorríamos los campos: una patata aquí, otra allá, así hasta que el guarda nos veía y disparaba la escopeta al aire y nosotros a correr; quizá un día como otros muchos lo que yo llevaba iba a ser la comida o la cena, sin más nada. Otras veces una papilla o una sopa de ajo con pan negro, si este se conseguía; a veces, comíamos mejor ya que papá iba al pueblo (Velilla) y si me pasaba la Guardia Civil por el tren, pues traía fréjoles, y otras mini-extras, patatas, etc. Lo que pudiera cargar que, a veces, no era mucho. Un día papá me llevó al circo (Arriola); yo tenía 8 años y cuando están en el acto del trapecio hubo un momento de silencio y así, el trapecista realizó dos o tres pases. Pero en uno de ellos falló al agarre y cayó a la pista, pues no había cama elástica. Aquello fue un grito único dentro del circo; creo que tardé más de 30 años en volver al circo. Hubo cosas que fueron más penosas, tristes, creo que más que el frío y el hambre, pues como al año de vivir en Reinosa se enferma y se muere mi hermano Luis y una hermana, Angelines, que tenía 9 meses de enferma y estuvo 3 meses ciega y después de verla en el hospital de Valdecilla, en Santander, queda parálitica hasta que murió en Cuba. También, ya viviendo en otra casa, otro hermano, de 18 meses, se cayó del primer piso y se murió; todo esto fue más duro.

Después del 45 o 46, en la primavera, me enfermé que pensaron que moriría; así pasé parte de la primavera y el verano en cama con los glúteos llenos de picadas por las inyecciones que me pusieron, hasta que ya en octubre me levanté y empecé a caminar de nuevo, aunque casi no podía sostenerme. Ya en enero del 47 me reincorporo a la escuela y un día en la clase de catecismo el director vio que yo estaba pintando el “hijo pródigo” y me dijo que por qué yo no estudiaba; le dije que no me gustaba. Esto no le gustó y me dio tal golpe en la nuca que me metió mi cara en el pupitre y me rompió la nariz, sangré tanto que la camisa y el pantalón se llenaron de sangre (qué decir, papá lo enfrentó al otro día y le dio puñetazos que si no es por los vecinos no se que le hubiera pasado). Después de unos días papá me dijo que me expulsaron de la escuela. Entonces papá me puso en una escuela particular, esto fue por corto tiempo, hasta que nos fuimos para Buelna.

También, dentro de aquellos días felices en Reinosa tengo que decir que conocí a Fontibre y el nacimiento del río Ebro, donde vi manar el agua a borbotones entre las piedras. ¡Qué bonito lugar!, y su contorno, cerca de allí y aprovechando la corriente de agua había un molino, donde por momentos felices, pero también pasé susto y con los pelos erizados al ver los lobos tan cerca,

pues éstos se acercaban por la noche al molino, allí esperé algunas navidades y años nuevos, ¡felices recuerdos!

Ya en Los Corrales de Buelna, paradojas de la vida, a mí que no me gustaba el catecismo me ponen en la escuela de curas maristas; fue corto tiempo, lo explico luego, pero lo pasé bien en los estudios y demás. Me integraron en el equipo de 12/13 años en la escuela y fuimos hasta Torrelavega a jugar; también aprendí a nadar en el estanque de agua de la fábrica, allí me enseñó un ingeniero de la fábrica, nos dijo que era mejicano; esto me sirvió de mucho en la vida.

Al poco tiempo de estar viviendo en Los Corrales fue otra vez la policía a ver a papá. Esto dio lugar a que papá se molestó tanto, que le dijo a mamá que iba a preparar los documentos para irse a Cuba. Él, vino para Cuba y mamá y mis hermanas y yo, fuimos para Velilla hasta que nuestros documentos, pasajes, etc. estuvieran el día de venir para Cuba.

En este año en Velilla, trabajé con un ingeniero midiendo un monte de mármol en la línea colindante con León. Después, fui a sembrar pinos, ya este trabajo era más duro, había que hacer huecos de un metro cuadrado a pico y pala; ¡mis pobres manos!; a veces mi primo Flores me ayudaba para poder cumplir la norma. Después trabajé de ayudante de la construcción de nuevas viviendas, hasta que en marzo de 1949 mamá me dijo que no trabajara más, que nos íbamos para Cuba. Quiero señalar que cuando ya tenía 9 años, en las vacaciones iba para Velilla y ayudaba al abuelo en las labores del campo: abonar, sembrar, etc. En verano: a recoger legumbres, arena, trigo, a trillar, a recoger hierba para las vacas y también la leña en el monte para la lumbre y para el invierno; a pesar de que todo era trabajo, me sentía feliz. Entonces, un día a finales de mayo el abuelo nos llevó en el carro de las vacas a la estación de tren de Guardo para ir a Bilbao, que fue donde embarcamos. ¡Qué despedida más triste! Todos llorando: nosotros y los que se quedaban, familia, amigos, ¡qué recuerdos! Tan es así, que dejo a un lado este escrito y me pongo a escribir el poema “los recuerdos” y por qué no decirlo, pensando en ellos con los ojos llorosos. Esta es la parte de mi vida en España, pero quedan tantos recuerdos y cosas en mi mente que creo pudiera llenar algunas cuartillas más; pero creo que éstas dicen bastante.

Como narré, en el año 47 al 48 papá preparó los documentos y a mediados del año 48 vino para Cuba; él, vino con una hermanita mía que estaba paralítica. Después en junio del 49 vinimos mi mamá, dos hermanitas y yo. Veníamos con muchas ilusiones, pensando, como decía la gente, que aquí la vida era color de rosa, ¡lástima!, pues la rosa tenía muchas espinas. El vapor que viajamos fue el Magallanes y salimos del puerto de Bilbao el día 3 de junio de 1949 llegando a La Habana el día 29 del mismo mes. En esos días de

viaje, aprendí varias cosas. Una fue que hay que reclamar nuestros derechos, pues nos pusieron en el fondo del vapor donde había más de 200 literas, para hombres, mujeres y niños y todos juntos, pero papá había pagado por otra clase o sea un camarote; mamá presentó el billete y a mucha insistencia nos cambiaron para un camarote. La otra es que por primera vez en mi vida, supe lo que era un mareo en barco y en medio del océano. El día de salir del puerto de Cádiz estando en el comedor entró un mulato y el mayordomo empezó a preguntar en algunas mesas que había un puesto vacío si permitían que se sentara el mulato; nadie lo aceptó; se acercó a nuestra mesa, le preguntó a mamá y ésta le dijo que sí; cuando se sentó todos los ojos se clavaron en nuestra mesa, era un marino mercante de ese país. Le pregunté a mamá sobre el caso y me dijo que eso era un problema de racismo, con esto empecé a aprender lo que era la discriminación racial. Debo decir que agradecí mucho a ese señor pues fue para mí un protector durante el viaje a Puerto Rico. El otro caso fue Santo Domingo, donde unos cubanos compraron aguacates y se los tiraban desde el muelle, pero uno no lo pudieron coger, se les fue por arriba y yo estaba sentado detrás de ellos, pues me dio en la cabeza; el caso es que el aguacate estaba verde, así que me dejó medio mareado. Se disculparon y después cuando lo estaban comiendo me dieron a probar una tajada con un poco de sal; que decir que, estaba tan amargo que lo escupí; ahora cuando lo como le recuerdo de aquel momento. ¡Nada!, que hay cosas que no son para recordar, pero no se olvidan. Papá fue a recibirnos, y cosa anecdótica, al salir de la aduana, ya en la calle, mamá recibió un pelotazo en una pierna, pues unos chicos estaban jugando pelota en la calle; creo que eso marcó a mamá, pues después no quería oír hablar de pelota.

Así es como llegué como inmigrante forzado. Digo esto, pues como era menor de edad estaba bajo la tutela de los padres. Bueno, papá nos llevó a la parada del tranvía Víbora/Muelle Luz donde montamos con el par de maletas y una caja que traíamos. Así llegamos a la parada de 10 de Octubre y San Mariano y a pie hasta la calle Párraga, donde vivía la tía de papá, que era donde vivía él. Después de las presentaciones los besos y los abrazos vino el otro golpe, mamá pregunta por mi hermana Angelines, que así se llamaba y se hace silencio hasta que papá dice que había fallecido hacía como cinco meses, cosa ésta, que nunca nos comunicó; eso para mamá fue un golpe muy duro; lo mismo para mí. Tía nos calmó pero creo que ya ahí comenzó el calvario de nuestra inmigración.

Quiero señalar que donde íbamos a vivir de momento ocho personas era un sala comedor y una habitación y el servicio colectivo; yo había imaginado otra cosa, pues dejamos en España (Corrales de Buelna) una casa nueva con sala, comedor, cocina, servicio, tres habitaciones, portal y un patio cercado de

cerca *peerless*<sup>1</sup>, y encontrarme con eso, no lo podía entender, pero así fue durante meses; no recuerdo cuántos, así que me pusieron a dormir en un canapé, en una esquina de la sala; imagínense, yo tenía una habitación para mí solo, con alfombras de piel de conejo; pero bueno, eso no era tan malo, pensé yo, quizá otros estaban peor.

Así pasan unos días y mamá al ver que papá no salía a trabajar le pregunta y la respuesta fue que no tenía trabajo. Mama le dijo: “¿entonces estamos viviendo a costa de tío José? (éste era conductor de tranvía); y tía y yo oyendo eso, y mamá le volvió a decir: “¿para esto nos trajiste a Cuba?”. Quiero decir que ya estábamos chocando con las espinas y por ello y desde entonces comenzaron las peleas entre ellos dos. Papá me llevó y me presentó a varios amigos y fue así que todos los días yo iba a la ferretería que estaba en 10 de octubre y Milagros para buscarme la peseta, cargando lo que fuera; así iba a la farmacia para repartirle la propaganda por el día de guardia o al garaje El Castillito en 10 de octubre y Santa Catalina a limpiar coches y también a un camionero de mudanzas; o sea, que donde pudiera ganarme algo, ahí estaba yo, pues me di cuenta, y mamá me lo decía, que aunque las cosas eran baratas el sueldo del tío José no daba para mantener ocho personas, pues a papá a veces lo llamaban para hacer un trabajito de mecánica y al final llegaba con cinco pesos.

Así pasaron los meses, hasta que encontré trabajo en una bodega (comercio), pero como no tenía edad para trabajar papá tuvo que firmar un documento haciéndose responsable ante el dueño de lo que me pasara. Así es como empiezo a principios del año 1951 en la bodega sita en Milagros y Párraga donde por treinta pesos al mes tenía que despachar, limpiar, llenar los anaqueles, llevar mercancías a las casas etc.; o sea, que podían ser ocho, diez o doce horas diarias, llueva, truene o relampaguee; así fueron pasando los meses; a veces recibiendo improperios de parte del dueño y algunos clientes y todo lo aguantaba pensando en la situación de la casa.

Siguen pasando los meses y en marzo de 1952 viene al mundo otro hermano, por lo cual le dije a mis padres: “éramos pocos y ahora esto”. Con la situación que tenemos, me estoy cansando; pero bueno, seguí trabajando y buscando siempre algo por fuera, pues la mayorcita de mis hermanas iba a empezar en la escuela, más el niño; me devanaba los sesos pero no encontraba la solución para mejorar la situación y papá seguía sin trabajo.

Un día papá consigue unos trabajos y mamá lo convenció y alquilaron una habitación cuyo alquiler eran \$20.00 al mes, pero había que depositar \$20.00 en fondo; o sea que de lo que yo ganaba quedaban \$10.00 para vivir (mal vivir)

<sup>1</sup> En Cuba se designa así un tipo de alambrada metálica que, en origen, era de fabricación norteamericana. (N.E.)

y para avituallar, pues hubo que pedir dinero prestado. Eran tan buenos estos tíos, que tengo que decir de corazón, que hasta después de muertos tengo que agradecerles lo que hicieron por nosotros. En esta etapa me inserté en el fútbol, jugado con el “Cerro F.C.”, con el cual jugué hasta que cumplí 30 años y después un año con Marítimos y Portuarios.

Seguí en el comercio hasta que un día a finales de 1953 por un chisme de una clienta cuando regresé al comercio el dueño empezó a decirme cosas, improprios etc., incluso delante de clientes y yo sin saber de que se trataba le pregunté que a qué venía eso y me dice que la señora tal, le había dicho; comprendí el por qué de su exaltación y le dije que eso era mentira y si le crees a esa señora te quedas con ella, y a pesar de lo molesto que yo estaba no le metí la lata de galletas que tenía en la mano por la cara pero se la tiré arriba del mostrador y le dije: “yo soy español y soy blanco y no soy esclavo de nadie; si quieres un esclavo lo buscas en África”. Di la media vuelta y me fui para casa. Llegué a casa y mamá me preguntó que me pasaba; le dije que nada; así que me acosté rumiando de impotencia y no quise almorzar y como a las 2:45 p.m., mamá me dijo que era hora de ir al trabajo y ya tuve que decirle lo que me pasó y que no volvía al trabajo. Ella imaginando lo que pasaría en la casa empezó a llorar, pues en definitiva, en realidad el que mantenía la casa era yo. El dueño me mandó a buscar y la respuesta a pesar de que mamá seguía llorando fue “no”.

Así pasaron tres meses cuyo tiempo yo buscaba trabajo por doquier y seguía en la ferretería, farmacia, etc., pues con lo de papá había meses que había que pedir prestado para pagar el alquiler. Así pasaron los días hasta que un conocido me buscó trabajo en la calle Mercado que era de trabajar y distribuir ostiones; empecé y me pagaban \$50.00 y siempre con restricciones seguíamos viviendo pues a mamá le gustaba pagar las deudas; allí seguí hasta que el negocio quebró y donde tuve problemas con el contador/comercial pues no se podía comprar (ejemplo) el camarón (gamba) a 0,33 cts. en el puerto de Batabanó y venderlo en La Habana a 0,34 cts.; eso no daba ni para pagar el salario de 2 o 3 empleados.

Como decía quebró aquel negocio y me quedé sin trabajo de nuevo y papá seguía sin trabajo. Ya corría el año 1957, pero esta vez tuve mejor suerte y como al mes conseguí trabajo en “Pollos Sanchelma” como mensajero y pagaba \$55.00 y haciendo el reparto en una moto (en el trabajo anterior aprendí a conducir moto y coche y esto me ayudó pues ya tenía licencia); pero el dueño empezó a darme los cobros a los clientes (pollerías) donde había días que regresaba con \$ 50 mil al comercio; ya esa tarea era un compromiso mayor por lo que le pedí un aumento de sueldo y me dijo que lo iba a pensar y entonces yo también lo pensé, que eso era peligroso y que él me aumentaría así que finalizando el año 1958 me dijeron de otro trabajo en el Mercado Único donde

ganaría \$30.00 más, una moto triciclo que era de más seguridad y no tenía que hacer esos cobros, lo que si había que empezar la jornada a las 12 o la 1 a.m. hasta las 12, 1 o 2 p.m., pero a mí eso no me importaba con tal de ganar más, pues ya las dos niñas estaban en la escuela y el otro iba a empezar.

En ese año a papá lo contrataron en un taller para hacer los herrajes de las persianas y así cuando pedían una peladora de pollos lo cual tampoco duró mucho. En ese intervalo de tiempo cambiamos de casa o sea para un apartamentito, pero ya había que pagar \$35.00 al mes, más el fondo; o sea que ganaba más, pero había más gastos y yo seguía igual, trabaja y trabaja. Muchos días me iba para la calzada o para el parque a conversar con los amigos y no tenía ni cinco centavos en el bolsillo, y cuando los tenía me tomaba una materva (refresco)<sup>2</sup> para llenarme la barriga y mitigar el hambre y así poder dormir para ir al otro día al trabajo y no podía faltar porque te botaban sin contemplaciones.

Quiero señalar algo, pues los recuerdos, recuerdos son, algunos malos, como toda esta etapa desde que llegué pero estos me reconfortan en algo. Mi mamá estuvo mucho tiempo escamoteando los bolsillos, a veces tenía que decirle, “no me cojas la calderilla que tengo que coger el autobús; hasta que un día descubrí para que era; y es que con ello compraba ropita a mis hermanas pero también para mis primas de Velilla de Guardo. Yo me hacía de la vista gorda y a veces cuando me buscaba extras yo se lo daba para ese fin, pues sabía cómo lo estaban pasando los primos de España y eso que hacía mamá, me hacía feliz. El vínculo con la familia nunca se perdió, pues mamá al poquito de llegar escribió ya diciendo que mi hermana Angelines había muerto y otras cosas más. Asimismo, de allá escribía mi tía Máxima o tía Sofía y así sigue a través de los primos, después conmigo, que soy el que, a la muerte de mis padres y conociendo a la familia, continuo el vínculo.

Yo sabía que mi tío padrino tuvo una hija; él murió y perdimos contacto con la madre, pero yo insistí mucho tiempo con mi prima hasta que ésta, en Velilla, contactó con ellas, les dijo sobre mí y me mandaron la dirección y les escribí a Aranjuez, que es donde viven y así seguimos comunicándonos. Qué decir que en el año 2003 cuando fui a Matalascañas, cuando regresé a Madrid, me fueron a recibir a Barajas; me sentí muy feliz; seguimos la comunicación por cartas y teléfono.

Seguí trabajando en el Mercado Único; triunfa la revolución y crean la escuela de Oficios en Ciudad Libertad y aquel, que un día contrató a papá, lo llama para trabajar allí como profesor de ajuste, pues papá era ajustador de primera en las fábricas españolas como en la Naval de Reinosa y en los

<sup>2</sup> Alude a un refresco de mate producido entre 1920 y 1960 en Cuba por la empresa *The Materva Soft Drink Company*. (N.E.)

Corrales de Buelna; al fin, después de 12 años iba a trabajar y poder mantener a la familia como era su deber. Fue triste lo que muchas veces le dije y era triste que sucediera, pero triste fue que con mi edad casi no tuve como dicen juventud y que mi único esparcimiento era el fútbol, ya que no podía tener una novia pues no tenía ni para llevarla al cine, y eso que la entrada costaba 0,10 céntimos, pues esa peseta me hacía falta para comprar una lata de leche para que mis hermanos desayunaran antes de ir a la escuela y yo con una tacita de café de 0,03 céntimos. Ese fue el color de rosa de mi vida.

En el año 1961 después de haber intervenido el comercio mayorista de pollos paso a trabajar en una unidad en Lawton, como chofer de camión y mejorando el sueldo y estando en el INRA (Instituto Nacional de Reforma Agraria) hube de realizar en el giro del pollo desde peón de nave hasta administrador de una unidad, pero a veces la vida no compensa el esfuerzo, pues otros administradores ganaban \$225.00 y yo \$160.00, y pedí el aumento y al no dármele renuncié al cargo y me mandaron para el área del pescado en oficina, de donde me fui, pues no daba el salario con el trabajo que hacía nóminas; y pasé un curso de electricista, pasé la prueba y pasé a trabajar a mantenimiento industrial en la pesca, hasta mi jubilación en el año 1995.

Quiero señalar que esta etapa de 40 años tampoco me ha sido fácil; luché mucho para poder tener un apartamento, un coche, refrigerador, televisor, ventiladores, etc., para la familia que creé, para que no pasaran los trabajos que yo pasé y aunque me siguen los recuerdos, algunos tristes como dije, creo que lo hecho está bien y si algo hice mal que me perdone la familia; quizá lo pude hacer mejor, quizá la falta de cultura me trabó pues pude seguir mis estudios en el año 1963 cuando terminaba mi turno de trabajo.

Como expongo sobre la vida que llevé aquí, de trabajo, etc., pues no me ocupaba de por saber sobre las sociedades españolas en Cuba, pero ya cuando me hago novio de mi actual mujer, en el año 1963, el tío/padre de ella, Manuel Costa Montero, es presidente de la Sociedad “Auroras de Somoza” y me hacen socio, así transcurre el tiempo y pregunto si había sociedad castellana, Palentina, me dicen que sí, incluso conozco, ya que jugamos juntos en el Club Cerro, a Sebastián Duque, que fuera presidente de la Sociedad Salmantina, entonces me hago socio de la Palentina y espero estar en ella hasta que Dios quiera o la suerte lo depare.

Así, después que me jubilé y ya con 65 años me cambió bastante la vida, pues empecé a recibir la pensión de España y pude ir a ver a casi toda la familia que dejé allá y a los nuevos que nacieron, tuve la felicidad de verlos, de ver a mi pueblo y otras partes de España que no conocía; así que llegué a la tercera y aunque me queda el recuerdo de las espinas, me siento feliz, como me sentí cuando pisé tierra de mi pueblo y que la noche que entré le saqué una poesía como otra después que volví.